

El don de la palabra es lo más grande

Pollux Hernández*

GARCÍA YEBRA, Valentín: *El buen uso de las palabras*. Madrid: Gredos; 2003; 468 páginas. ISBN 84-249-2386-3. Precio: 22 euros.

Con este bello endecasílabo le habría gustado a Valentín García Yebra titular su último libro, *El buen uso de las palabras*. Procedente de un poema que él mismo cita como anónimo (pero que nosotros hemos descubierto que es de un muy íntimo amigo suyo de juventud, a quien por modestia prefiere no nombrar), este verso resume el amor de toda una vida por la lengua, ese precioso instrumento de comunicación, de entendimiento y de reconocimiento entre los hombres, pues, como dice el autor: «las palabras son retratos de los pensamientos» (pág. 9). Naturalmente, un don tan grande merece que se use de él con propiedad, y es de este buen uso del que principalmente trata el libro.

García Yebra es, entre otras cosas, académico de la Española desde hace ya casi veinte años, insigne traductor y maestro de traductores desde muchos más y gran amante de la naturaleza, sobre todo de árboles y pájaros, desde siempre. Esas ocupaciones y esta afición le han llevado a escribir multitud de artículos en la prensa diaria (sobre todo en *ABC*), de los cuales recopila en este esbelto volumen un buen manojo, exactamente 165, publicados en los últimos cuarenta años.

A quienes ya conocen la amplia y variada aportación de García Yebra a la lengua, a la traducción y a la traductología (citemos, por ejemplo, su tratado sobre el uso de las preposiciones, su histórica edición trilingüe de la *Poética* de Aristóteles o sus seminales volúmenes sobre teoría de la traducción) no le sorprenderá encontrar en este libro muchos de los temas tratados en obras más extensas, pero abordados aquí con la concisión y contundencia que exige un artículo de dos o tres páginas. Lo que quizá sí sorprenda a algunos es la amplitud de intereses del autor, y en particular ciertos aspectos de su personalidad que aquí desvela, casi siempre relacionados con su preocupación por la lengua. Desde la acentuación de términos científicos a los derechos y deberes del traductor, desde la pronunciación de los actores en el teatro hasta el nombre de la isla de Perejil: todo esto y muchas cosas más merecen la atención de este gran erudito que es García Yebra.

El libro se articula en catorce secciones: «Generalidades», «Léxico», «Morfología», «Acentuación», «Ortografía y ortología», «Sintaxis», «Incorrecciones lógicas», «Galicismos», «Anglicismos», «Cultismos incultos», «Traducción», «Naturaleza», «Varios» y «Personales», seguidas de un utilísimo índice onomástico. Algunas de estas secciones contienen tan solo cuatro o cinco artículos (como la de «Anglicismos» o la

de «Incorrecciones»), mientras que otras están especialmente nutridas, como las de «Morfología», «Sintaxis» y «Naturaleza», que alcanzan o sobrepasan la veintena de artículos. En su conjunto justifican plenamente el título de la obra, pues la mayoría de ellos trata de asuntos de la lengua. El autor razona, argumenta y opina sobre un sinnúmero de temas relacionados con su correcto uso: etimología, concordancia, derivaciones, género, acentuación, ortografía, pronunciación, uso de las preposiciones, formación de las palabras, toponimia, terminología, neologismos, cultismos, barbarismos, latinajos y un largo etcétera.

Los artículos dedicados a la traducción pueden ser de especial interés para los lectores de *Panace@*, pues tratan sobre diversos aspectos de esta disciplina: historia, teoría, práctica, didáctica, etc. Los «Personales» contienen entrañables remembranzas de un hombre sencillo y sabio: la primera lectura infantil del *Quijote*, su acendrado amor por las cosas de su tierra del Bierzo o una breve relación de los académicos leoneses que le precedieron en los sillones de la Academia. Y entre los agrupados en «Varios» cabe un poco de todo, pero siempre relacionado con la lengua y la cultura humanista del autor, desde Aristóteles y Dante hasta un análisis del problema de las lenguas en la Unión Europea.

Con todo, lo más importante es que García Yebra diserta sobre todas estas cosas predicando con el ejemplo: los artículos están escritos con gran elocuencia, corrección, precisión, sencillez y elegancia; si el don de la palabra es lo más grande, lo es en grado sublime cuando lo ejercita un maestro de su envergadura. Añádase a esto el esmero en la composición lógica del discurso, que podría servir de modelo a muchos publicistas y folicularios: exposición sucinta del asunto, desarrollo ajustado de los juicios, pertinencia de los datos aportados y conclusión somera, a menudo en forma de una especie de moraleja, como, por ejemplo, la que remata el artículo dedicado a las etimologías populares: «La ignorancia es muy atrevida, y el temor a errar, uno de los principios de la sabiduría» (pág. 46; otros ejemplos semejantes en págs. 160, 202, 211, 272, 363 y 418). Y además, aquí y allá, una cierta ironía (sobre todo en la sección de «Incorrecciones lógicas»), una música latente (nótense los endecasílabos instintivos en el primer pasaje que citamos en el siguiente párrafo) y un caballeroso respeto hacia los autores cuyos errores censura, que deja en el anonimato.

Como muestra de la pulcritud de pluma de García Yebra, permítasenos citar dos breves pasajes, uno que ilustra sus dotes de prosista y otro su fina ironía. Dice el primero: «Los gorriones, en su monogamia ardiente, se hallan en el polo opuesto de los gallos. Estos donjuanes de corral y estercolero,

* Servicio de Traducción de la Comisión Europea, Bruselas (Bélgica). Dirección para correspondencia: Pollux.Hernandez@cec.eu.int.

cola arqueada y llameante cresta, se mueven arrogantes entre las gallinas, atentas solo a escarbar y picotear el suelo. De pronto aletea el polígamo, echa a correr hacia una de ellas, la sujeta por la cabeza con su violento pico, le pone encima las patas sucias de barro o de estiércol, y despacha la galladura en el recipiente abierto a la fuerza. Aplacada su urgencia repentina, suelta a su prisionera, que sacude con resignación sus pisadas plumas, mientras el donjuán quiquiriquea su hazaña» (pág. 323). El segundo, comentario a una cita de prensa, dice así: «“Enrique Gil [el autor de *El señor de Bembibre*] falleció el año 1846 en Berlín por una tuberculosis que le afectó en gran manera”. Sin duda. Verdaderamente, no pudo afectarle más» (pág. 216).

En el prólogo expresa el autor su deseo de que estos artículos contribuyan a «pensar con más nitidez y a expresarse con mayor precisión», aunque en el primer párrafo del primer artículo se mostraba escéptico sobre la contribución de la prensa a la mejora de la lengua de los lectores (pág. 13). ¿Impone más respeto el libro que el periódico? En todo caso, estos artículos no han perdido vigencia y transmiten plenamente la lección del maestro García Yebra: el buen uso consiste en evitar la afectación, y si por desgracia se cae en la pedantería, que sea una pedantería correcta (pág. 264).

Si nos empeñamos en buscar algo criticable, encontraremos tres o cuatro erratas, una cierta reiteración en algunos temas, explicable por la naturaleza misma de la recopilación, y —único reproche— la falta de la fecha de publicación original de cada artículo. Explica el autor que la mayoría pertenecen a las dos últimas décadas del pasado siglo y que la fecha de publicación de algunos se desconoce (por haber sido distribuidos en diferentes periódicos por una agencia de prensa), pero importaría al curioso lector saber exactamente cuándo y dónde aparecieron por vez primera.

Que conste que esto son insignificancias al lado de las muchas cualidades de este libro, verdadero tesoro de conocimientos, resumen de los intereses y ocupaciones intelectuales y humanas de un hombre que ha dedicado su vida a la lengua, a la enseñanza, a la traducción y a la observación serena de la naturaleza; un libro, en suma, ameno e instructivo que recomendamos a todo aquel que se interese por la lengua y el buen escribir. Y como nuestro don de la palabra no da más de sí, para resumir nuestra opinión de obra tal y de tal autor, tomamos prestadas aquellas de Plinio: «Legi enim librum omnibus numeris absolutum, cui multum apud me gratiae amor ipsius adiecit» (*Ep.* IX 38).

